

Mahalakshmi y el don del conocimiento verdadero

Basado en un cuento clásico de la India

Hace aproximadamente setecientos años, en Karnátaka, al sur de la India, un brahmín joven e inteligente llamado Madhava se convirtió en miembro del consejo del rey. Madhava era elocuente, tenía gran facilidad para saber exactamente qué decir y cuándo decirlo, y pronto se volvió uno de los favoritos del rey.

La atención que Madhava recibía fue prosperando. Cada vez que hablaba, los consejeros mayores permanecían callados para escuchar atentamente las palabras del joven. Madhava también disfrutaba los lujos de la vida del séquito real: una cama suave, platillos succulentos y la compañía elegante eran experiencias nuevas para él.

Madhava, sin embargo, no estaba contento con su buena fortuna. Quería más, más de todo. Madhava quería vestiduras y turbantes hechos de las sedas más finas. Quería anillos de oro adornados con diamantes, esmeraldas y rubíes. Quería contratar a un equipo de espías para que le informaran sobre todos los secretos del palacio y le avisaran de cualquier plan en contra del rey. Él quería comprarle al monarca regalos originales e inusuales, para asegurarse de que él, Madhava, sería siempre su consejero favorito.

Madhava entendía que necesitaba una gran riqueza si deseaba lograr todo esto, y pensaba afanosa y largamente sobre el reto que ello implicaba.

Una mañana tuvo una brillante idea: le rezaría a Lakshmi para adquirir la riqueza que deseaba. Madhava se dijo a sí mismo que iba a rezar con tanto empeño que sin duda la diosa de la abundancia lo premiaría, y con profusión.

Ese mismo día Madhava visitó a un prestamista y le pidió un crédito de muchos miles de rupias. Se compró una *murti* de sándalo, bellísima, de Shri Lakshmi, una estatua que, de pie, lo rebasaba en altura. Así, podría adorar a su estatua correctamente. También compró aceite de sándalo caro, una guirnalda de jazmín blanco, una tela de seda bordada, una lámpara de *arati* dorada y una campana... Después, se apresuró para regresar a su casa y limpiar su cuarto, preparándolo para la llegada de Shri Lakshmi.

Al finalizar el día, Madhava se hallaba hincado ante su *puja* y la resplandeciente forma de la diosa colocada sobre en ella.

Primero, cantó el *Shri Mahalakshmyashtakam Stotram* –un himno a Mahalakshmi– con gran enfoque y pasión. Y empezó a rezar: “Por favor, Gran Diosa, otórgame tu bendición y dame la riqueza que busco”.

Desde ese día, cada mañana y cada tarde, Madhava le aplicaba aceites fragantes a la *murti* de Mahalakshmi, le ponía guirnaldas de flores frescas, la veneraba con fuego e incienso y cantaba el himno sagrado, primero una vez, después dos veces y, finalmente, tres veces de corrido. Y cada vez que lo hacía, rezaba para obtener riqueza.

Cuatro años transcurrieron así. Durante este tiempo la influencia de Madhava en el palacio continuó creciendo, sin embargo, nunca obtuvo la riqueza que buscaba. De alguna manera, la riqueza que le llegaba nunca era suficiente. El dinero se le escapaba entre los dedos más rápido que el agua; siempre sentía que necesitaba más.

Otros cuatro años pasaron y Madhava ya cantaba el *Shri Mahalakshmyashtakam Stotram* en sus sueños. La imagen de Shri Lakshmi permanecía de manera incesante en el ojo de su mente y cada respiración estaba permeada con la fragancia de su nombre. Aún cuando seguía rezando para obtener riqueza, algo en el consejero del rey se estaba transformando.

Ahora, mientras Madhava caminaba por los jardines del palacio, se quedaba absorto en la delicada belleza de un capullo de rosa que abría. El canto del ruiseñor en una tarde de verano llenaba sus ojos de lágrimas. El esplendor del amanecer lo envolvía con una sensación de paz perfecta.

Conforme pasaron los años, Madhava continuó adorando a Mahalakshmi todos los días. Las palabras sagradas de la adoración sabían a néctar en su paladar. Su corazón se llenó tanto de la diosa que no había espacio para nada más. Los juegos de poder en el palacio le parecían frívolos y vacíos. Madhava sentía una gran lealtad al rey y al reino, pero un día advirtió que su corazón anhelaba otra vida, una vida de adoración y servicio. Dejó el reino y se marchó a las montañas de Hampi, donde hizo los votos monásticos de *sannyasa* y con el nombre de Madhavananda Swami.

A la mañana siguiente, cuando el nuevo monje abrió los ojos después de meditar, se encontró en presencia de una santidad absoluta. Allí frente a él, de pie sobre un loto perfecto, estaba la forma de la diosa a la que había adorado durante tantos años: Shri Mahalakshmi, ataviada del rosa dorado del sol naciente.

–¡Oh Gran Diosa! –dijo Madhavananda–. ¡Qué bendición tan asombrosa es verte en tu forma sagrada!

–¿Estás sorprendido? –le preguntó la diosa–. ¿Acaso no cantaste mi nombre diariamente durante años?

Madhavananda se postró ante la visión, inclinando la cabeza al piso y su cuerpo temblando de temor reverente.

–*Namasté*, querido y fiel Madhavananda –dijo Mahalakshmi–. Me has complacido enormemente con tu veneración y tu devoción. He venido a concederte un deseo.

Madhavananda alzó los ojos una vez más hacia el rostro radiante de la diosa.

–Me siento más honrado y bendecido que cualquier hombre por solo tener tu *darshan*, oh Diosa. No necesito ninguna bendición más. Solo te ruego que perdones mi ignorancia. Durante tantos años recé pidiéndote riquezas... Fui un tonto. Es como haberle pedido a la luna el don de un solo rayo, cuando podría haberme sumergido en su luz refulgente.

Shri Lakshmi sonrió:

–Sin embargo, te voy a conceder un don. ¿Qué es lo que deseas?

Madhavananda se quedó en silencio mientras consideraba la pregunta de la diosa. ¿Qué es lo que quería? Él era un renunciante. Ya no deseaba riquezas ni el poder que alguna vez había esperado que la riqueza le brindara. Sentía que Mahalakshmi ya le había concedido su bendición en abundancia. Ella le había revelado la belleza de la naturaleza. Le había enseñado a apreciar los pequeños encantos de la vida: el sabor del agua templada, la bendición de respirar, el don del silencio. Entonces se le ocurrió algo...

–Hay un don que me gustaría pedirte, Diosa amada. Deseo el conocimiento de la Verdad. Esta es la más grande de todas las riquezas. Ahora que te veo como realmente eres, sé que tú eres el hogar de todo el conocimiento. Si crees que soy merecedor, concédeme este don, y entonces dedicaré mi vida al enaltecimiento de la humanidad.

Mahalakshmi sonrió suavemente y puso su mano izquierda en la cabeza del Swami:

–Te concedo el deseo que buscas. A partir de hoy serás conocido como Vidyaranya Swami.

El nombre significa “bosque de conocimiento”, que resultó perfecto para Vidyaranya Swami, quien nutrió el regalo de Shri Mahalakshmi y compartió el conocimiento de la Verdad con incontables personas que llegaron a él en busca de sabiduría, y con muchas más que a lo largo de los siglos han leído sus escritos.

Vidyaranya Swami, quien fue un erudito altamente reverenciado, escribió el Panchadashi, un tratado de la filosofía del Advaita Vedanta. También escribió una extensa y respetada biografía de Adi Shankaracharya.



Contado por Rashmi Smith
Ilustración de Melanie Hall
Diseño de Jody Voyevodin